Año I. **Director: Pelayo Vizuete** Núm. 10.

Celebridades.

Max Müller.

Dedicar la existencia entera á la Filología comparada es uno de los más altos ejemplos de laboriosidad, de constancia, de tenacidad de la inteligencia humana. La aridez de los estudios filológicos exige un amor tan fervoroso y tan grande para no caer en el desaliento, que el que sabe mantenerle con entusiasmo hasta el fin es digno de la admiración del mundo.

La gramática comparada de Bopp y la monumental de Grimm son maravillosos monumentos de la constancia del hombre; representan el incesante esfuerzo de una existencia completa que no ve sazonado el fruto de su inmenso trabajo. La gloria recompensa en parte el esfuerzo; pero el provecho suele volver la espalda y demostrar que la Filología es una ciencia cuya esterilidad espanta.

Max Müller, el discípulo predilecto de Bopp y de Brokhaus, es uno de los más ilustres filólogos de los tiempos modernos. Él ha demostrado, en felices investigaciones, que todos los sustantivos, todos los nombres de cosas, no han sido en su origen otra cosa que adjetivos; y con este fundamento, caminando por donde jamás ha podido penetrar la Historia, ni siquiera la leyenda, ha descubierto el genio de una raza ó el carácter de un pueblo en la serie de nombres que éste ó aquélla han dado á las cosas. Cada sustantivo encierra un adjetivo, y, por lo tanto, una impresión primitiva; y el conjunto de impresiones que representa el vocabulario de una lengua, le da la clave para una concepción general del mundo y de la vida.

El encanto que tienen estas investigaciones y el modo admirable de reanimar pueblos enteramente muertos para las sociedades modernas, los expone con singular maestría Max Müller en sus hermosas lecciones sobre *La ciencia del lenguaje*, obra monumental que se ha traducido en casi todos los países y que tengo el pensamiento de publicar muy pronto en España, donde se conoce muy poco al ilustre filólogo germano.

En 1846 Max Müller visitó Inglaterra y fijó su residencia en Oxford, siendo á poco admitido en la famosa Universidad de esta ciudad como profesor de lenguas vivas; y en 1868 se creó para él una cátedra especial de Filología comparada.

Sus conferencias son notabilísimas: coleccionadas y con el nombre de *La ciencia del lenguaje* llevan el nombre del maestro á todos aquellos puntos del globo en que ya ha desaparecido la barbarie.

Don Gil de las Calzas Verdes.

21 Enero 1900.

Biblioteca Nacional de España

DE EDUARDO A ANTONIO

Querido Antonio: La dureza con que respondes á mi carta me hace pensar que tú también crees la novela de mi crimen. Y crees mal. El mundo reconstruye los hechos á su modo, según conviene mejor á su carácter ó á un determinado estado de su ánimo. El público lee, y por lo que lee juzga; pero ya sabes que la mayoría de las veces yerra por juzgar sobre conjeturas más ó menos verosímiles. El público será juez inapelable cuando pueda penetrar en el interior de sus semejantes y falle sobre seguro; es decir, nunca; porque jamás el hombre podrá entrar en el corazón de su vecino.

Tú también te dejas arrastrar por la corriente y me condenas sin saber otra cosa que lo que de mí dicen las gentes y los periódicos, audaces investigadores de la vida íntima: te perdono, porque vives engañado por las apariencias, y tampoco está en tu mano ensanchar los límites en que, casi paralítica, se mueve nuestra menguada inteligencia.

Me crees un criminal inmundo, y te equivocas: Dolores me engañaba: tu pobre amigo paseaba ufano por el mundo una honra hecha jirones y que yo suponía intacta como copo de nieve antes de besar el polvo. Está tan oculto, tan hondo, eso que llamamos honra, que á veces la creemos vestida de gloria cuando vive pálida, triste y harapienta, mientras en ocasiones la vemos con harapos y realmente se atavía con el espléndido ropaje de la pureza.

No diré que Dolores trajera la felicidad á mi casa; el carácter de mi mujer no era lo más á propósito para labrar la felicidad de un soñador como yo; pero vivíamos tranquilos; aguantábamos, casi complacientes, nuestras mutuas debilidades. Ella parecía vivir contenta, aunque me reprochaba á menudo la poca firmeza de mi carácter. Yo no sé si Dolores tenía razón al juzgarme de este modo: de lo que estoy cierto es de que jamás me reprochó otra cosa ni tuvo motivos para ultrajarme.

Yo estaba enfermo, ya lo sabes. Murguía iba á verme todas las tardes y pasaba á mi lado cerca de dos horas, contándome sus interminables aventuras por América y sus amores con aquella muchacha bilbaína que le dejó en tan mal estado de fortuna. Dolores, sentada á nuestro lado, reía como una loca y comentaba con gracejo las narraciones de Murguía...

Una tarde, después de salir el aventurero, sentóse mi mujer en el sofá del gabinete y empezó la lectura de un pliego de papel que me pareció una carta. Sentí deseos de levantarme y me incorporé cuanto pude. Debí de producir algún ruido, porque mi mujer escondió el papel, miró hacia la alcoba y me preguntó que cómo me sentía.

—No me encuentro muy bien—le dije;—dame agua.

Ya puedes imaginarte mis intenciones. Dolores se acercó á la cama alargándome el vaso; bebí y, cogiéndole cariñosamente una mano, le pregunté con mucha naturalidad:

—¿Qué leías?

—¿Yo? No, no leía... ¿Estás loco?

Extrañé tanto aquella negativa que, sin darme cuenta, apreté la mano de Dolores como temiendo que se apartara de mi lado.

—Sí, sí; enséñame ese papel que has escondido. ¿Quién te escribe?

Mi mujer no respondió; pero por ella respondieron sus ojos. El espanto puso lívidas sus facciones, y Dolores, la esposa que tan santa creíais todos, dió un grito y trató de desasirse de mi mano; pero yo apreté con más fuerza.

—Vamos, dame ese papel; es que tengo curiosidad por verlo... ¿De qué te asustas? ¿Qué tienes?

Ella forcejeó; yo, asombrado ante aquella resistencia, forcejeé también... El resultado de la lucha fué arrancar yo el papel y caer Dolores al suelo como muerta.

Biblioteca Nacional de España

Leí... Era una carta de Murguía; una carta insolente, infame, llena de injurias para mí y de ternezas para la *santita*...

Ya puedes pensar mis congojas, mi desesperación, mi rabia. No recuerdo lo que hice ni sé cómo fué. Cuando entró su madre y entraron las criadas aún oprimía yo entre mis manos la garganta de Dolores, y, según dicen, vociferaba como un loco.

Lo demás ya lo sabes: una causa, una condena y el baldón público. No me importa; un juez más alto y justo que los jueces de los hombres ha calificado ya mi crimen, y Él me dará el premio ó el castigo que merezca. Pero sí te diré que tengo una idea muy triste de la sociedad y de los humanos encargados de juzgarla. Los hombres ven y condenan el hecho... Tú, ¿qué crees? ¿Condenarían del mismo modo si pudieran ver las grandes catástrofes morales que ocasionan la comisión del delito? Este es el asunto.

Tuyo,—*Eduardo.*

Por la copia,

Pelayo Vizuete.

Mensaje.

Ya estoy aquí: pensé que la jornada
fuese como tu amor, inacabable;
y he visto con desmayo que en la vida
todo tiene su fin, hasta los mares.
A bordo del vapor vine soñando
que las olas, violentas y gigantes,
seguirían su marcha procelosa
sin poder detenerse ni aquietarse.
Pero yo me engañé; cuando en el puerto
término halló mi doloroso viaje,
las olas, convertidas en espumas,
llegaban á la playa agonizantes.
Entonces tu recuerdo, agigantado
porque de ti me hallaba más distante,
me hizo sentir recelos y temores
de que en ti mi memoria se borrase.
Y por instinto, trémula, convulsa
mis brazos extendí para acercarte,
y pensé temerosa: ¡qué hará lejos,
sin tenerme á su lado y sin besarme!
—¡Señor, que no me olvide!—exclamé loca.—
Mira si soy ingrata y miserable:
yo no quiero pensar que tú me olvides,
y de ti me alejé para olvidarte.

—

¿Te acuerdas? Sí, te acuerdas. En el buque
con qué pena tan honda me dejaste;
sentí el impulso de volver á tierra
y de tu lado nunca separarme.
Contuvo mis anhelos infinitos
la idea del deber, inexorable,
y te vi por la escala descendiendo,
saltar al bote y desde allí mirarme.
Ni una palabra tuya de agonía;
resististe el dolor sin inmutarte;
yo no pude llorar, porque ni el llanto
quiso, piadoso, en su amargura ahogarme.

—

La sirena del buque lanzó al viento
un rugido de monstruo abominable;
yo sentí que mis fuerzas se agotaban,
sintiendo el gran pesar de abandonarte.
Después, ruidos extraños, voces duras,
ir y venir de gentes incansables,
rumores de auras, palpitar de olas
y un pañuelo agitándose en el aire.
Apretado penacho de humo negro,
nube que el sol eclipsa al ensancharse,
un alma de mujer que atrás se queda,
y un buque por momentos alejándose.
Panorama de muerte, vida que huye,
huyen montes y llanos y ciudades;
sólo en la lejanía mar y cielo
parece que se estrechan para amarse.
Brumas después, que ocultan á los ojos
horizontes y espacios y lugares;
luego la negra noche, y tuve miedo,
ya sabes que sin ti soy muy cobarde.
Después el resplandor de la mañana,
sin lograr de mis sombras apartarme;
después el mediodía esplendoroso,
y después la tristeza de la tarde.
Y así seguir, hundiéndome en la ausencia
y á tu lado y más cerca á cada instante...
Tú no sabes lo que es estar muy lejos
y sentirte muy cerca y adorarte.

—

Una noche, en la odiosa travesía,
se despertaron recios huracanes;
algo llevaban del rugir de hienas
y de orgiásticas fiestas infernales.
Silbidos de serpientes abortaba
el huracán, batiendo en el cordaje;
el mar alzando sus potentes olas
abría un hondo abismo ante la nave.
Parpadeos de luz por las alturas,
culebrinas de fuego por los aires,
choques de nubes que el espacio hienden
y furiosas se miran y combaten.
¡Noche de horror! Blasfemias, oraciones,
marineros que luchan jadeantes...
y yo sola, sin ti, sin que pudieras
en tan amargas horas ampararme.
Entonces escuché una voz horrible
que aumentó mi terror y heló mi sangre:
—¡Hombre al agua!—decía desde el puente.—
Y otras voces gritaron:—¡A salvarle!
—Tornad á vuestros puestos en seguida;

Biblioteca Nacional de España

no intentéis salvamento, que es en balde;
triste fué su destino; Dios le acoja,
y avante—dijo el capitán,—avante.
Loca de horror, pensé en el desdichado;
acaso tiene amores, tiene madre,
todo un mundo de bienes y esperanzas
hundido en lo profundo de los mares.
Tu memoria asaltó mi pensamiento;
que naufragas en negras soledades,
y á Dios pedí de hinojos que tus pasos
de la honda sima del dolor aparte.

—

Llegué: en el puerto me esperaba ansioso;
abrió los brazos, me estrechó anhelante;
mi cuerpo suyo fué, pero no el alma,
ni lo será jamás, tú bien lo sabes.

Vicente Casanova.

Epitafio.

Vivió... Lo noble de su oscura vida
no advirtieron del mundo las miradas,
y han borrado su nombre las pisadas
de la turba vulgar, que pronto olvida.
Sufrió... y en su conciencia recogida,
las silenciosas lágrimas filtradas
labraron, al caer purificadas,
tesoros de bellezas sin medida.
Así en profunda cavidad ignota
van formando las aguas, gota á gota,
de maravillas un tesoro ingente;
y aunque allá no penetre el ojo humano,
tanta belleza no se forma en vano:
¡templo es su soledad de Dios viviente!

Miguel Costa.

SUEÑO

¡Ah, infiel, mal esposo, bandido!... ¡Dejarme!... A mí, á mí, que le he querido con toda mi alma, con cuanto soy, con cuanto valgo... A mí, que le he dado lo más precioso que puede dar una mujer: sus anhelos, sus primeros delirios de amor... Así me ha correspondido; así ha pagado mi cariño, mis desvelos, mis ternuras para con él... Dejándome, huyendo con otra mujer más fea que yo; sí señor, mucho más fea; que no le querrá nunca tanto como yo le he querido, no; tanto como le quiero aún; que no le rodeará jamás de los mimos y atenciones que yo le dedicaba... ¡Ah, canalla! No, no te quiero... Te odio, te aborrezco; tu crimen es inicuo, rastrero, de hombre mal nacido... ¿Y qué va á ser de mí? ¿Puedo vivir acaso sin sus caricias, sin sus besos, sin su palabrería sugestiva y apasionada que me llegaba al alma, inundándola de placer? ¿Podré vivir sin su amor, sin sus delicadezas y marrullerías de amador sempiterno? ¡No, no es posible; él era mi vida, mi ilusión, toda yo! ¡Y le he perdido para siempre!... ¡No, no puede ser; no quiero yo!... ¡Ven; vuelve á mí, á mí... á tu Elena! .....

.....

Y prorrumpiendo en un sollozo, despertó.

—¿Qué es eso? ¿Qué tienes? ¿Qué te pasa?—le preguntó cariñosamente su marido.

Y ella, al convencerse de que le tenía allí, á su lado, siempre suyo, le echó los brazos al cuello y, envolviéndole en una mirada de amor inmenso, murmuró muy quedo:

—Nada. Un mal sueño; una tontería... Soñaba que me habías dejado... ¡A mí, á tu Elena!

—¡Loca!

Y sonó un beso.

A. García Cano.

Biblioteca Nacional de España

Ojos negros.

Luchando con la suerte despiadada
y arrastrando del triste las cadenas,
iba un día pensando en las serenas
noches felices de mi edad pasada.
Atrájome el imán de una mirada
de tus ojos, más negros que mis penas,
y sentí que la sangre de las venas
animó mi razón extraviada.
Loco me ves y de mi mal te alegras
cuando estaba celoso de mi mismo
de tus ojos al verme en lo más hondo.
Hallé un abismo en tus pupilas negras,
y atraído quizá por el abismo,
con mi ciega pasión sondé hasta el fondo.

Gonzalo Cantó.

AMORÍOS

(NOTAS MADRILEÑAS)

I

Los veía varias veces al día. Iban juntos, muy juntos, alegres y sonrientes... Hablaban mucho, con precipitación y en voz bastante fuerte... La dicha los convertía en locuaces... Ella era una modista, el tipo de la verdadera modista madrileña; su cara era un día espléndido de primavera, su pelo una sombría noche de invierno; el andar airoso, menudo; su cuerpo flexible y fino... El era un modesto obrero de cualquier taller de la corte, vestido con su pantalón de pana, con el mandil arrollado á la cintura y la chaqueta al hombro. Formaban una simpática pareja; yo al verlos pasar sonreía y pensaba:

—¡Son felices!

II

Regañaron por cualquier cosa; un capricho tonto de ella, un celo infundado de él... Ella no cedió por el amor propio: él no creyó las disculpas que ella adujo.

Por este motivo ya no los veía yo juntos, tan dichosos como antes: en aquel nido de la felicidad entró el gavilán de las penas y voló la cría del amor... El pasaba por mi calle media hora más temprano que antes y andaba triste, taciturno... Quizá en su pecho, después de la separación, comenzara de nuevo á germinar la fe en *ella*; quizá se arrepintiera de sus injustas sospechas... Ella pasaba también por mi calle, pero más tarde; su rostro parecía, sí, un día de primavera, pero tristón y lluvioso; nada la distraía, sus ojos no brillaban con los fulgores de la dicha, sus labios no sonreían... Quizá también se arrepintiera de haber abrigado deseo de satisfacer tan pueril capricho; quizá notara la falta de miradas intensas y palabras ardientes.

III

Y así continúo viéndolos pasar por mi calle con media hora de intervalo entre uno y otro. No procuran verse, no procuran hablarse; pero estoy seguro, como ellos también lo están, de que, de encontrarse, darían al traste con los tontos celos

Biblioteca Nacional de España

y pueriles caprichos y volverían á formar la pareja más simpática de Madrid, é irían por la calle riendo á carcajadas y hablando á borbotones, porque la felicidad les convierte en locuaces...

Emiliano Ramírez.

Amargura.

Una hermosa mañana
de primavera,
cuando el sol en el cielo
limpio reia;
cuando alegres las aves
en la pradera
llenaban el espacio
con su armonía;

cuando la linda rosa
su hermoso broche
entreabria, esperando
del cielo el beso,
y huia con sus sombras
la negra noche;
cuando todo es encanto,
todo embeleso;

cuando la blanda brisa
fugaz vagaba,
llevando en su regazo
gratos olores,
y los tranquilos nidos
acariciaba ..
la confesión te hice
de mis amores.

Se abrió tu linda boca
fragante y pura,
como el primer ensueño
de un tierno niño,
y vertiendo en mi alma
paz y ventura...

¡el tesoro me diste
de tu cariño!

—

Desde entonces... ¡qué dulces
fueron pasando
las horas de mi vida,
lucero mio!
siempre á tus pies estaba
mi amor cantando,
¡sin sospechar siquiera
que hubiese hastío!

Pero todo se acaba...
y un negro dia...
(recordarlo siquiera
me causa espanto)
en ti puso la muerte
su mano fria,
todas aquellas dichas
trocando en llanto.

.....

¡Y desde entonces, siempre,
cuando declina
el sol, cuando en la tierra
todo es misterio,
mis pasos vacilantes
ella encamina
al callado recinto
del cementerio!

C. Pérez Ortiz.

EL FINAL DE UN IDILIO

Siempre se los veía juntos. Paseaban unidos los cuerpos y fundidas las almas

En sus largos ratos de coloquio, jamás se vió que las mejillas de *ella* se enrojecieran, y nunca *él* notó que sus labios se plegaran por causa de su amada.

¿Eran felices? ¡Quién lo dudaba!

Tantas horas pasadas rápidamente al arrullo de promesas seductoras, al calor de encantadoras palabras que siempre encontraban eco, al compás de halagadoras ilusiones, de tiernas y puras caricias... ¡sentían resbalar el tiempo con el mismo placer con que se deja podar la acacia!

En las tardes de invierno, cuando el cielo encapotado no deja admirar la belleza de su azul, *ella* y *él*, cogidos del brazo y mirándose con languidez, recorrían el paisaje, siendo el tema de su conversación lo triste de la tarde.

Biblioteca Nacional de España

En las mañanas de otoño, cuando el viento inclinaba las flores, *ellos* sacudían su pereza nostálgica, cortando las que presentaban más gallarda corola.

En las noches de primavera, cuando los celajes sombreaban la campiña, *ella* y *él* se extasiaban oyendo los cantos de los pájaros que llenaban de dicha sus almas.

En el estío, cuando la luna misteriosa y poética alumbraba la floresta, *ellos* salmodiaban lentas canturias á las flores pálidas y á las hojas mustias. El idilio no se interrumpía en ninguna época del año; pero ¿era posible que tan encantadora vida trascurriera sin la más leve amargura? No podía ser; todos los actos de esta vida están velados por la ilusión, que esconde entre los pliegues de su manto la amarga decepción, el cruel desengaño, la fatiga, el tedio, el hastío.....

.....

Amaneció un día hermoso. El iris de las flores se tornasolaba con los reflejos purpurinos de la alborada; el rocío que esmaltaba las flores comenzaba á licuarse; el sol, parecido á un globo de fuego, inundaba de luz los picachos de la sierra; la campiña ya no estaba acariciada por la sombra... y el alma de *él* sintióse embargada por una idea vehemente que le trastornó el cerebro.....

Ella negó las caricias del querer carnal, y ambos se separaron; sus ojos atónitos miráronse recíprocamente con la viveza del relámpago, y los amantes partieron en distintas direcciones; *ella* con los ojos preñados de lágrimas y *él* con los ojos hundidos, la faz desencajada, el paso vacilante y ahito de arrepentimiento que encubría su atroz desmán

E. Fernández y Gutiérrez.

Para dormir intitulas
el libro con que me obsequias;
y es verdad, parece escrito
con zumo de adormideras.

—

Si el teatro *te llama*,
vete al teatro,
verás, aunque *te llame*,
qué desengaño.

Eduardo de Bustamante.

Medinerías.

¡Allí está la huerta,
y allí está el camino!
¡Que solos y tristes dejaste, Ruperta,
á la *gallinica* paticoja y tuerta
y al *probe* gorrino!...
¡Al *probe* gorrino
que gruñe por verte,
y que está esperando que por Nochebuena
cualquier matarife le saque de pena
con trágica muerte!
¡Con trágica muerte
verás cómo acaba!...
¡Cuando el *probe* lance su postrer gruñido,
querrá demostrarte cuánto te ha querido!
¡Cómo te adoraba!
¡Cómo te quería!
Te vas y lo dejas, y el animalico,
tu rastro buscando, dilata el hocico
de noche y de día!

¡De noche y de día
tu ausencia llorando,
la *probe* gallina que verte desea,
desconsolaica pia y cacarea,
por ti preguntando!...
.....

Por ti preguntando
á todo el que pasa,
de aquel *caminico* me siento á la vera...
¡Por allí no pasa ni un alma siquiera!
Lo digo sin guasa.
¡allí está el camino!
Allí está la tapia, y allí está la huerta,
y la *gallinica* paticoja y tuerta
y el *probe* gorrino!...
.....

Luis Falcato.

Biblioteca Nacional de España

Hojarasca.

Te querellas porque sello
el labio con un suspiro,
tantas cuantas veces miro
la cruz que adorna tu cuello.
Cuando enmudeciendo hallo
la respuesta, amable juntas
las manos, y me preguntas
por qué suspiro y me callo.
Una vez, cincuenta, ciento,
amarme siempre juraste,
mas con tu amor diste al traste
faltando á tu juramento,
ante esa cruz que la historia
del mundo cristiano abarca
y á los creyentes nos marca
el sendero de la gloria.

A maldecirte me hostiga
tu traición: el labio sello...
La cruz que llevas al cuello
manda que no te maldiga.

Antonio Soler.

NUESTRO CONCURSO

Su tema único es *el chiste*. Este concurso será permanente, y MISCELÁNEA pagará, por cada uno de los chistes *elegidos*, TRES PESETAS, ajustándose á las siguientes condiciones:

1.ª No admitiremos chistes conocidos.

2.ª Los que merezcan premios serán publicados por turno, advirtiéndose que no saldrá más que uno en cada número del periódico, y lo ilustrarán los más reputados dibujantes.

3.ª No se pagará ningún chiste hasta transcurridos ocho días á contar desde la fecha de su aparición en nuestro semanario, con objeto de que los lectores puedan reclamar y advertirnos su falta de originalidad: en este caso no admitimos reclamación alguna del supuesto autor.

4.ª Al pie de los chistes irán las firmas de sus autores.

5.ª MISCELÁNEA se reserva el derecho de formar, en volumen aparte, la colección de los publicados.

6.ª Los remitentes habrán de ajustarse al fallo de la Redacción de MISCELÁNEA, la cual queda absolutamente excluída del concurso.

El mejor remedio.

La enfermedad no adivina
muchas veces el doctor,
ni encuentra la medicina
que ha de calmar el dolor;
y por más que el hombre lea
y consulte los autores,
no halla en la Farmacopea
un remedio al mal de amores;
y sin saberse qué hacer,
suele recetar quinina,
hierro, baños de placer,
sulfato y hemoglobina.
Yo conozco un elixir
que la salud asegura:
lo mejor es recibir
las bendiciones del cura,
¡y se puede comprobar
que noventa y seis por ciento
logran al punto sanar
con este medicamento!

Gabriel M. Vergara.

MADRID, 1900.—Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 duplicado.—Teléfono 934.

Biblioteca Nacional de España